

dientes, y empezó a correr su hombría por las calels."

Por todo esto es inútil buscar un "desenlace" a los cuentos de "En cinco tiempos". Cada cuento es él, todo entero, un desenlace.

Y, lo que es más, un símbolo. Porque no puede ser nuestra época — como se pretende — una época de crisis. En épocas de crisis no surgen valores como Norma Dumas.

ANGEL JORGE CASARES.

F. J. Solero: *EL DOLOR Y EL SUEÑO* (Schapire, Buenos Aires, 1953).

Dolor y sueño cruzan la dimensión poética de Solero, en las dos latitudes: la de su cuerpo y la de su patria. A ella asisten, la impostergable urgencia de vivir, de continuar, de inaugurar cada día la presencia de la sangre; y el reconocimiento de nuestro sueño americano, agostado en jornadas históricas y políticas, renaciente en cada generación fecunda.

Dolor y sueño nuestro y de nuestra América, dieron a la voz de Solero una expresión dura, brutal, antipoiética, como una figura de la inmediatez vivida. Pero hay en ella un latido trascendente que aspira a soltarse de los términos cotidianos e impotentes.

Aquí el valor del libro, sinceridad y vida: violentas, desgarradas del tiempo recorrido, para adquirir su forma expresiva.

Cuando en "*Llego con una vieja herida*" (pág. 7), dice:

*Qué horas las de esta vida,  
despedazada en ancho y olvidadizo tiempo.  
Qué horas, hermano,  
junto a mí, muy cerca de mi mano y mi refugio.  
Que la vida es como un tronco,  
mecido por las balas hirvientes de la gracia,  
y hay tanta aquí, aquí,  
andando por el cuerpo mordido de la patria.*

como una estatura geográfica, nace la emoción entreverada de su vida y su tierra, unidas en una común potencia germinal.

Se escurren entre sus páginas hallazgos poéticos, pero imposible es transcribirlos en pocos versos, sus hallazgos son rescates sorprendidos al transcurso, en la carne de la historia. Así es en: "*Mi cuerpo*", "*La garra*", "*Batalla del amor*", "*Aquí*", "*El río*", "*El destierro*", "*Cabecera del puente*".

La mujer, la ciudad, la tierra se identifican para Solero, a través de un epíteto común, *yegua*. Es lo fecundo, el cauce maternal al que se estrecha con una furia vieja, el abrazo humano, errante ("*Canto terrestre*", "*La madre*").

Este libro nos plantea el problema sobre lo que es un testimonio. El interrogante sobre la expresión poética, ajena radicalmente a su forma propia.

Por las cuatro estaciones del libro gime un lenguaje plagado de mal gusto, de ripios tangueros en lugares comunes.

Cabría preguntar también hasta dónde lo descuidado, es el vaso de lo que nos parece cierto y cabal. Creo, a veces, que existe entre nosotros el mito de lo espontáneo, de lo brutal y golpeado; y que en su persecución se enajenara todo intento de trabajo detenido y cuidado. Y en la poesía dicha a borbotones, a manotazos, efectista a veces, se manifestara mejor la entraña.

Debemos esperar, que aquellos que tienen algo que decir — y que parecen tan pocos —, se exijan un tránsito poético.

A. A. G.